

2011

LETRA

INTERNACIONAL

110

7 euros

CINE, CRISIS, SUEÑOS

Román Gubern

Koldo Serra

Jonás Trueba

Luis Bardón

Mercedes Goiz

Juan Cobos

Jenaro Talens

Jean-Luc Godard

Daniel Cohn-Bendit

LA INCERTIDUMBRE MUNDIAL

Remo Bodei

ANTROPOLOGÍA DE LA CORRUPCIÓN

Marcel Hénaff

Jean-Luc Nancy • Juan Ángel Juristo • Antonio Penadés • Ángeles Encinar
José Luis Rey • Paula Izquierdo • Martín Gómez • Toni Montesinos
Rosa Pereda • Carlos García Santa Cecilia • Adolfo Baltar • Clara Janés



Viajes literarios a la Grecia antigua

Antonio Penadés

La reciente publicación de *Viaje a la Grecia antigua* del italiano Cesare Brandi (Editorial Elba), obra de la que trataremos más adelante, al mismo tiempo casi que *El viaje de Grecia* del greco-francés Jean Moréas (Pre-Textos) y que la deliciosa *Mani. Viajes por el sur del Peloponeso* del historiador británico Patrick Leigh Fermor (Acanalado), viene a confirmar la revitalización que está experimentando en nuestro país el género de la crónica de viajes y, más en concreto, la literatura viajera que concentra su mirada en el paisaje y en las ciudades de Grecia. Las tres obras citadas fueron escritas hace más de cincuenta años —en 1954, en 1902 y en 1958, respectivamente—, las dos primeras con lenguajes y tonos poco acordes con las tendencias actuales, y sin embargo se han hecho un pequeño hueco entre la maraña de novedades que pueblan las mesas de novedades de nuestras librerías.

En este sentido estamos, por tanto, de enhorabuena. En España, a diferencia de otros países de nuestro entorno con un pasado colonial más reciente, nunca ha llegado a cuajar este género literario que conjuga como ningún otro la ficción, el afán por descubrir nuevos horizontes y el interés por la historia. Al cronista viajero le interesan tanto los hitos vividos en el pasado por las sociedades que visita como la solución a los porqués que inevitablemente van surgiendo por el camino. Es aquí donde la literatura, la historia y el espíritu viajero actúan de un modo conjunto,

donde cada uno de estos elementos se nutre de los demás y a la vez da sentido a esa tríada mágica y donde, siempre que el autor encuentre la voz apropiada, estos tres apasionantes ámbitos despliegan todas sus sinergias.

Una crónica de viajes bien planteada constituye una vía de lo más interesante para recabar información acerca de aquellas zonas del mundo por las que se siente atracción. La literatura se configura en un vehículo que permite al lector acceder a la esencia del viaje y también a los sentimientos que el autor experimentó durante su trayecto. Si el libro reúne calidad, el lector disfrutará con él tanto si ha estado ya en el país que se describe —puesto que no hay dos viajes iguales—, como si tiene pensado ir algún día a la zona en cuestión —ya que el texto le servirá de guía—. Resulta útil la crónica de viajes incluso a quien no quiere o no puede desplazarse fuera de su ciudad ya que, al reunir los ingredientes propios de una obra literaria, brinda también una excelente oportunidad para la evasión.

Viene al caso recordar que la literatura viajera fue inventada por los antiguos griegos. No en vano, ellos descubrieron todos y cada uno de los géneros literarios que seguimos utilizando en nuestros días: la epopeya, la poesía lírica, las fábulas y los cuentos, el teatro, la novela, y también, cómo no, los relatos de viajes. Su antecedente más remoto fueron los Periplos, que vieron la luz allá por el siglo VIII a. C., época de colonizaciones y de

navegaciones marítimas para hallar nuevos mercados. Los Periplos eran ásperos catálogos de los accidentes orográficos y los pueblos indígenas que algunos pioneros encontraban en sus recorridos por las costas. Cuadernos de bitácora, más o menos. Poco a poco, la mera descripción de la morfología costera comenzó a combinarse con el interés que las costumbres de los indígenas despertaban en aquellos navegantes, lo que anunciaba ya la aparición de la etnografía jonia en el siglo VI a. C. Los destinatarios de esos escritos no iban a ser sólo otros marineros interesados en realizar esas mismas rutas, sino un público mucho más amplio: desde buscavidas que deambulaban por las tabernas de los puertos griegos hasta miembros de los simposios en las casas de los aristócratas. Los aspectos prácticos fueron pasando a un segundo plano, datos en crudo como localización de puntos de fácil atraque, regímenes de vientos, catalogación de los pueblos en función de su hostilidad o de su hospitalidad, tiempo de navegación entre un punto y otro... La fantasía y la imaginación, por el contrario, fueron abriéndose paso hasta convertir estos manuales de navegación en un género literario muy apreciado.

Así, la literatura viajera griega nos ha brindado desde época arcaica magníficos autores como Escílax de Carianda (último cuarto del siglo VI a. C.), que fue un almirante jonio al servicio del rey persa Darío I, o el afamado geógrafo e historiador Hecateo de Mileto (a caballo entre el siglo VI y

el v a. C.). En época clásica brillaron el gran Heródoto (483-424 a. C.), cronista de viajes durante la primera mitad de su *Historia*, y Ctesias de Cnido (principios del siglo IV a. C.), un médico jonio que vivió en la corte del rey persa y que escribió la magnífica obra *Sobre la India*. Pertenece al periodo helenístico el *Periplo de Hanón*, escrito por un griego anónimo y basado en el recorrido por las costas africanas llevado a cabo tiempo atrás por un navegante cartaginés, así como Agatárquides de Cnido (siglo II a. C.), quien en *Sobre el mar Eritreo* describe las costas del Índico con ocasión de las expediciones del ejército egipcio para capturar elefantes. En época romana sobresalieron Estrabón y Pausanias (siglos I y II d.

C.): Estrabón hizo una descripción detalladísima del mundo en su *Geografía*, mientras que Pausanias redactó una guía turística al uso titulada *Descripción de Grecia*. Arriano de Nicomedia (100-175 d. C.), autor de la *Anábasis* de Alejandro y gobernador de Capadocia en tiempos del emperador Adriano, trata en *Periplo del Ponto Euxino* sobre el mar Negro y sus costas. Por último, Dionisio el Periegeta (el viajero), coetáneo de Arriano, escribió *Descripción de la tierra habitada*, una obra en verso deliciosa y muy original en la que este griego de Alejandría describe todo el mundo conocido con un objetivo casi enciclopédico y desde un punto de vista de lo más curioso: desde el aire, sobrevolando África, Europa y Asia como si fuera el propio dios Hermes. Dionisio combina la imaginación más desatada con la mitología, la historia y la etnografía, demostrando así que en este género literario

cabe casi todo si se cultiva con honestidad.

Al hilo de lo comentado al inicio del artículo, el siglo XX trajo consigo una revitalización de la literatura de viajes. La generalización del turismo tuvo mucho que ver con ello, pero también un creciente interés por la historia por parte de un gran número de viajeros y lectores. Grecia, por



Pedro Morales Elipse *Paisaje mitológico* 2011

supuesto, no iba a quedar al margen de este fenómeno.

No es posible narrar bien un viaje por este país sin profundizar en su historia antigua y en su mitología, y es por ello, por la inmensa riqueza que estas dos disciplinas atesoran, que las crónicas viajeras que recrean Grecia suelen resultar especialmente interesantes. Y aunque no hay aquí espacio para mencionarlas todas, sí quisiera destacar unas pocas que sin duda se hallan entre las mejores. Tres de ellas son del poeta y novelista británico Lawrence Durrell: *La celda de Próspero* (1945), centrada en Corfú, *Reflexiones sobre una Venus marina* (1953), sobre Rodas, y *Limonas amargos* (1957), con Chipre como escenario; *El coloso de Marusi* del escritor norteamericano Henry Miller (1957) y *Verano griego* del helenista francés Jacques Lacarrière (1975). Asimismo, y a pesar de que en sus obras no pisan suelo heleno, es

preciso destacar *La ruta de Alejandro* (1958) de la inglesa Freya Stark y *Viajes con Heródoto* (2005) del polaco Ryszard Kapuscinski. Entre los españoles, sin duda sobresale *Corazón de Ulises* de Javier Reverte (1999). En cada una de estas obras hay un continuo viaje de ida y vuelta hacia el esplendoroso pasado de la antigua civilización griega, cuna de la nuestra, y una poderosa atracción por la belleza de sus tierras, de sus ciudades y de sus islas.

Viaje a la Grecia antigua de Cesare Brandi está también construida con estos mimbres. Su autor (Siena, 1906-1988) dirigió durante veinte años la institución estatal italiana para la restauración de bienes culturales, por lo que presta en su obra una especial atención a los restos arqueológicos de las antiguas ciudades griegas, a su estado de conservación y, sobre todo, al tipo de reconstrucción llevado a cabo. Aunque no le falta razón, sus feroces críticas hacia las campañas de reconstrucción acaso encontrarían un mejor acomodo en otro foro, puesto que ensombrecen el viaje y su narración. El tono empleado por Brandi tampoco parece el más adecuado para disfrutar a fondo de un viaje, pero sin duda su libro ofrece al lector una valiosa oportunidad de visitar Creta, Atenas y su región, Delfos, Micenas, Mistra y Olimpia de la mano de un enamorado de la antigüedad griega y de un gran especialista en arte.

Estamos pues, y esta es una gran noticia, en el buen camino para la revitalización de este viejo género literario, enriquecedor para la mente y para el alma. Y con ilimitadas posibilidades cuando Grecia se erige en el destino físico y espiritual. □